



Seix Barral Biblioteca Breve

Martín Sivak

El salto de papá

Prólogo de Claudia Piñeiro

<i>Prólogo</i>	9
Primera parte	
Uno. Final	15
Dos. Semifinal	19
Tres. Cuartos de final	27
Cuatro. Punta del Este	29
Cinco. (Una) Europa	41
Seis. Vicente López	49
Siete. Tío Osvaldo	67
Ocho. La escalera de Marta	93
Nueve. Rojos y verdes	107
Diez. Verdes	121
Once. Rojos	135
Doce. Y otros rojos (los de Avellaneda)	155
Trece. El mundo de Zach	167
Catorce. Final (replay)	175
Segunda parte	
Quince. Exhumación I	191
Dieciséis. Jardín de Paz	229
Diecisiete. Abuelo desclasificado en Washington DC y Villaguay	235
Dieciocho. Exhumación II	253
Diecinueve. Boxeador en Moscú	297
Veinte. Todo sobre aquel	305
Veintiuno. Jardín de Paz II	311
<i>Agradecimientos</i>	315

PRÓLOGO

El día que me llamaron por teléfono para decirme que Jorge Sivak había saltado al vacío desde la ventana del departamento de su padre, quedé en estado de shock. Hacía un tiempo que no veía a Jorge. Yo estaba en mi oficina, trabajando, no pude ponerme de pie, no pude decirle a nadie lo que me pasaba, no pude llorar. Me lo imaginé saltando. Aquel día y muchas veces más. Pero no llegaba a verlo, no distinguía su cara, el cuerpo era apenas un bulto que caía. No sabía si imaginar aquellos ojos celestes abiertos o cerrados, no lograba definir si su sonrisa pícaro habría dado paso a la imprecisa mueca del final. Durante años, la imagen evocada de lo que no vi me produjo no sólo dolor sino incomodidad. Como una nota desafinada. Como una escena filmada fuera de foco. No terminaba de sentir a Jorge en ese salto. Hasta que veintisiete años después empecé a leer *El salto de papá* y en los primeros renglones, por fin, lo vi: «Antes de tirarse de palito de un piso diecisiete, papá se despidió de la clase obrera argentina» [...] «Les mostró la palma derecha y una media sonrisa. Soltó un berrido y se dejó caer.» Allí, gracias a esas palabras, pude ver a Jorge, saltando y saludando a los obreros que trabajaban en las refacciones del hotel que estaba cruzando la calle; los hombres intentaron detenerlo a gritos pero no pudieron. Ése sí era Jorge.

Lo había recuperado para mí —y para tantos otros— su hijo, Martín Sivak, el autor de este libro.

Coincido con quienes ya han dicho que *El salto de papá* es un libro inclasificable. No creo que haga falta aclararlo, pero la imposibilidad de ser clasificado es un elogio. Cerca de la crónica familiar, el texto no se queda en la intimidad del recuerdo y tensa un fino hilo donde el narrador hace equilibrio entre lo privado y lo político para contar no sólo al padre que saltó, no sólo a su familia, no sólo a quienes estaban cerca de él, sino a la sociedad toda. Por ese mérito, y por tantos otros, este libro está destinado a ocupar un lugar en el canon de la literatura argentina. Porque mucho se ha hablado y escrito sobre los horrores que vivimos en nuestro país en épocas de la dictadura militar, pero menos acerca de cómo ese horror se filtró por distintas fisuras en los primeros años de la democracia. En *El salto de papá*, los ojos de un niño nos permiten ser testigos con la naturalidad con la que mira quien empieza a descubrir el mundo. Martín Sivak nos regala escenas memorables, como aquella en la que él acompaña a su padre a una casa quinta en las afueras de Buenos Aires, donde debe encontrarse con un líder militar temible —de esos que de sólo escuchar su nombre se nos pone la piel de gallina—. Su padre tiene como objetivo convencerlo de que no lleve adelante un nuevo golpe a las instituciones democráticas. Los ojos de su hijo ponen el filtro adecuado a la mirada: no sólo hay horror, también hay asombro, ironía y disparate en un mundo de adultos que parecen menos preparados para la vida que los propios niños. «Una mañana de enero de 1989 papá me llamó a su escritorio para un tema de Estado: había un golpe militar que parar. Me creí preparado para intervenir. El mes anterior había terminado, con notas aceptables, la escuela primaria [...]. No

sabíamos la dirección exacta, nos habían citado en una estación de servicio. Allí nos encontramos con dos jóvenes oficiales que nos guiaron hasta la casa. Cuando llegamos Seinedin dormía la siesta. No se lo podía interrumpir hasta las cinco. Demasiado reposo para un golpe de estado.»

Sin embargo, es otro aspecto de *El salto de papá* el que más me conmueve: lo que tiene de «camino del héroe», tal como lo describió Joseph Campbell en *El héroe de las mil caras*. Un hombre común es arrastrado por las circunstancias a un viaje que lo devolverá distinto. Aunque el héroe, en este caso, no es Jorge, el protagonista, sino Martín, hijo, narrador y autor. Él es quien se ve obligado a abandonar su mundo ordinario y partir a la aventura. Él se enfrenta a amenazas y pruebas, él cruza umbrales y busca mentores. «Al comienzo —durante los primeros años, diría— quise saber por qué se había suicidado. Como quien resuelve una ecuación o las palabras cruzadas. [...] Pensé en construir un monolito. Pedí que el palco 13 de la cancha de Independiente, que alquilamos durante años, llevara su nombre. Nada de eso resultó. Debí sentarme con una docena de abogados para conocer detalles del colapso familiar. Aprendía mucho de bancos, empresas y particulares; quiebras, cobranzas, multas, amparos y deudas. También a presionar, negociar y ceder. Asistí a muchas de esas reuniones con el corbatín bordó y azul del uniforme de la escuela secundaria.»

Releo estos párrafos, veo al adolescente del corbatín y se me hace un nudo en la garganta. Pero hay consuelo, porque el héroe de este «monomito», como predijo Campbell, regresó de su viaje con el elixir. Y el elixir es, claro, este extraordinario libro.

CLAUDIA PIÑEIRO

UNO. FINAL

Antes de tirarse de palito de un piso dieciséis, papá se despidió de la clase obrera argentina.

Un grupo de albañiles que levantaba el hotel Hyatt a treinta metros no le retribuyó el saludo. Intentó detenerlo con gritos cuando puso el pie derecho sobre el alféizar de la ventana. El diario *Crónica* los consignó en su edición de la tarde:

«¡Cuidado, loco, te vas a matar!»

«No, no, no.»

«¡Entrá para adentro!»

«¿Qué hacés, flaco? No te tirés.»

Les mostró la palma derecha y una media sonrisa. Soltó un berrido y se dejó caer.

Había llegado al departamento de su padre Samuel para la hora del almuerzo del miércoles 5 de diciembre de 1990. En Posadas, como lo llamábamos por el nombre de la calle donde quedaba, siempre me incomodaron el olor a desodorante de ambientes y los muebles excesivos que atesoraban parte de la memoria familiar.

Según consta en el expediente judicial, se sirvió un vaso de Coca-Cola y fumó uno de sus sesenta cigarrillos diarios.

En cambio, en actas no quedó asentado que llamó a nuestra casa y pidió hablar con mi hermano Gabriel, al que siempre llamamos Gabito, y conmigo. Pero no estábamos. A Lily, la empleada doméstica, le deseó buen viaje a Santiago del Estero.

Se encerró con llave en la habitación que había sido de su hermano menor, Horacio. Después de cinco o diez minutos, ya sin el saco, se asomó a la ventana.

Algunos vecinos del edificio de Posadas al 1120 escucharon los gritos de los obreros. Un fotógrafo de la revista *Gente* llegó antes que la ambulancia del servicio público SAME. Captó su cara enrojecida y las pupilas fijas, pero no el flamante cráter en el césped.

El cafetero de la esquina hizo las primeras declaraciones a los periodistas: «Era el presidente del banco, salía en la tele seguido y era hermano del empresario que mataron. Me parece que lo hicieron boleta».

Los forenses sólo encontraron el hueso occipital sano. Consignaron que había muerto por un paro cardíaco. El juez Roberto Markevich caratuló la causa «muerte sospechosa de criminalidad», pero dio a entender a la prensa que se había tratado de un suicidio.

Clarín interpretó el tema en un recuadro de su tapa del 7 de diciembre:

Liquidan el banco de Sivak

Creer que el empresario se suicidó por eso

En la nota interior del miércoles 6, el gran diario argentino incluyó una foto del edificio de Posadas con una flecha punteada con el recorrido del cuerpo, mismo recurso que usaba en la década de 1950 para mostrar el recorrido de la pelota en las páginas de fútbol. *La Nación*

publicó el perfil titulado «Notorio, a partir de un lamentable hecho»: aludía al secuestro y asesinato de su hermano mayor Osvaldo. El semanario *Noticias* apostó por la ficción: especuló con un tumor maligno jamás detectado y ligó su suicidio con el levantamiento militar que había fracasado esa semana.

Papá se mató el día en que el Banco Central formalizó la quiebra de su banco, último sobreviviente de un conjunto de empresas de la familia que medio siglo atrás había fundado Samuel, el dueño de Posadas, gracias a unos fondos del Partido Comunista local y a su habilidad para los negocios. Por esas horas el presidente George Bush (padre) empezaba su visita a la Argentina, mientras el comunismo caía en Europa del Este. Papá moría —murió— marxista-leninista, como se había reivindicado siempre.

No dejó una carta, ni un borrador o notas sueltas. Nada, ni una sola palabra.

Su estado depresivo —tres meses entonces— le aplastó el tramo final de su vida con psicofármacos, acompañantes terapéuticos, psiquiatra, psicoanalista y psicólogo de familia. Nunca antes se había deprimido de esa manera. Ni siquiera se había dejado ver abatido.

En esos meses finales a veces vestía jogging con zapatos de traje. A sus hijos nos pedía abrazos; compartíamos sesiones cortas de abrazos. Empecé, ahí, a pensar en su muerte. La imaginé producto de un paro cardíaco inducido por los tres paquetes diarios de cigarrillos. O de un secuestro y asesinato, como el de su hermano. O de una distracción al cruzar la calle.

Un par de años antes, cuando todavía lo creía inmortal, le había preguntado qué música le gustaría que sonara en su velatorio.

No quiso contestar. Insistí.

Resignado, entregó su único guion *post mortem*: una canción tristísima cantada por un comunista como él, el cantautor uruguayo Alfredo Zitarrosa.

Adagio en mi país.